



Tus ojos mis ojos

ILUSTRACIÓN CLARA INÉS VELÁSQUEZ

JANETH
POSADA

Mi telón de fondo nunca fue negro, como especulabas, sino de un cierto gris, como el de este amanecer frío de hoy. Resultó que la parte oscura de mi vida apenas empezaba.

Moriste el jueves, una semana después del accidente. Tu regalo llegó un miércoles. Olía a tierra mojada. El silencio me indicó que mi padre estaba a la derecha, cerca de mi cabeza. Del otro lado venían los suspiros largos y continuados de mi madre. Eché de menos tu aroma a violetas.

Fue el médico el que habló primero. Le pidió a mi madre un poco de espacio y empezó a quitar las vendas. Me dijo que tal vez me sentiría mareado y que vería borroso —como cuando sabes que dos personas están hablando, pero no entiendes muy bien lo que dicen, se apresuró a aclarar el hombre—. Tras un corto tiempo, luego de abrir los ojos, me preguntó qué veía. Que no sabía, le dije, pero que era diferente. Y un murmullo llenó el aire.

A pesar de las circunstancias, me pareció que todos fuimos felices ese día.

También, con algo de recelo, lo fuimos en los días siguientes. Mi madre atendió las indicaciones del médico a pie juntillas y evitó, no sin sacrificio, las visitas. Para dicha de mi viejo y mía, pues, plácidamente aislado, fui descubriendo desde mi habitación el ajeno mundo de los que ven. Conocí mi rostro frente al espejo, que no era, por cierto, lo que esperaba. También el de mis padres. Pasé tardes enteras hablando con Elisa sobre lo inapropiado del verde de la manzana verde, viendo fotografías de un supuesto yo cuando era niño o descubriendo en las guitarras y en su cuerpo lo que mis dedos conocían de tiempo atrás. (No debería decirte esto)... Me pregunto cómo se vería tu cuerpo.

Pero mamá necesitaba eco para su alegría y apenas tres semanas después abrió las puertas de la casa para una visita. El primo Martín. Y estuvo bien. Lo malo es que tras él llegaron las tías, sus maridos, los primos, señoras y señores, niños y niñas, tal cual como en el circo. Aroma de café, pan caliente y perfumes mezclados. Voces gangosas, graves, agudas que hacía mucho tiempo no escuchaba. Subir y bajar los veinticinco escalones que separaban las habitaciones de la sala. Y que hermano, qué bien que ves; y que por Dios misericordioso, aproveche esta oportunidad mijo; y que cómo ves pues la cosa, ja ja. Y todos se quedaban largamente frente a mí, esperando que me grabara sus caras, que terminaban siendo, siempre, una sola cara deforme y provocadora de largos dolores de cabeza.

Te hubiera querido ahí para calmarme.

Se me ocurre que mi madre pensó que el trasplante de córnea incluía trasplante de carácter, no el tuyo, por supuesto, que no le gustaba. Yo mismo quise pensar que la gran oportunidad de la que tanto se había hablado me obligaba a ser animalito social. Entonces acepté de buena manera el desfile los primeros cinco días. Lo toleré una semana más. De mala gana recibí visitas otros tres días. Y luego me harté. Qué le vamos a hacer si soy lo que soy. Con ayuda de Elisa y del viejo las guitarras regresaron al estudio y me preparé para volver a gozar el silencio —acaso lo que más he amado porque me trae el sonido de las cuerdas al vibrar, la compañía del viejo y los momentos previos del amor (sí, del amor contigo, pero también del amor con Elisa; sabrás perdonarme, lo sé)—, a afinar y componer como cada día de los cinco años anteriores. Eran apenas tres cuerdas y conocía el camino. Salir era obligatorio.

Salí.

Apenas en la esquina, aturdido, me di contra el hombre de los periódicos. Recordé entonces la voz del médico diciendo que pasaría mucho tiempo antes de que pudiera asimilar las verdaderas distancias de los objetos o de los vendedores que se ponían en medio. Lamenté la ausencia del bastón, y lamenté tu ausencia, pero seguí caminando despacio, las manos algo estiradas, cuchicheos a mi paso, porque la gente nunca se calla.

Al llegar, recorrí el estudio con la mirada y fue grato. Me pareció oír tu voz viniendo del viejo sillón, que es rojo, como me habías dicho, y resulta que sí se parece a tu abrazo. Es claro que ya no sabes de qué hablo, pero se siente así, en todo caso. Solo con mi música, pero no feliz. Porque, según mi madre, resulté muy excéntrico para ser “normal”. Entendí, mientras afinaba la vieja guitarra, tu favorita, que la soledad se me había permitido por la falta de ojos. Salvo tú y tal vez papá, nadie nunca comprendió que no elegí el oficio de un ciego sino el de un encerrado en sí mismo. Porque la gente, y cuento las excepciones, siempre acaba por cansarme.

Me hubiera quedado a vivir en el estudio, pero tenía que volver. De nuevo en la calle, supe por qué te hartaba el mundo. Hay tanto alrededor y me dice tan poco...

Había gente en mi casa. Gente alharacosa, por fortuna: de no ser por la voz no podría reconocerlos, porque, no me lo creerás, pero todos son uno solo; todos son nadie.

Subí los veinticinco escalones después de la tortura consabida. Pensé en traer las guitarras de vuelta a la habitación y dejar atrás el estudio, pero el viejo no lo permitió. Creo que hubieras estado de acuerdo con él. Tu gato estaba en mi ventana. Lo supuse tu gato, porque no se escabulló cuando le acaricié la panza. Deberías haberme dicho alguna vez sus colores para estar seguro.

Tu presunto gato se quedó conmigo.

Pocos días después, a solo unos pasos del estudio, alguien me detuvo. Era la voz de tu madre. Y tu olor. Apenas podía hablar. Miró el bastón, pero no hizo preguntas. (También yo bajé la mirada, porque tuve miedo de verte en

Pasé tardes enteras hablando con Elisa sobre lo inapropiado del verde de la manzana verde, viendo fotografías de un supuesto yo cuando era niño o descubriendo en las guitarras y en su cuerpo lo que mis dedos conocían de tiempo atrás.
(No debería decirte esto)... Me pregunto cómo se vería tu cuerpo.

ella y no reconocerte después). Con ese tono, que llamabas de la dolorosa, dijo que estarías feliz de que pudiera ver el mundo por tus ojos. De que se hubiera respetado tu decisión. Y me dejó tu bufanda de lana cruda.

En el estudio me senté en tu viejo sillón, la bufanda cubriendo mis manos. Restos de violetas y palabras subiendo despacio: el mundo por tus ojos nunca había entrado con gracia. Salvo mis guitarras y mi mano izquierda rozándote el cuello, casi nada te gustaba de verdad. Eso me dijiste la última vez.

¿Pensarás que tus córneas hubieran sido más útiles para otro? ¿Pensarás que no valió la pena cruzar con la luz en rojo?

Y es que ver por tus ojos solo me agrada en ocasiones. Seguro me preguntarías qué es lo que más me gusta ver. Te diré que esta mañana que ya empieza a despejarse es una de mis visiones favoritas. También lo es el último minuto de la tarde. Y por supuesto, la noche, cuando llega el negro verdadero y con él la serenidad, la seguridad. Pero el mundo gira si gira mi cabeza. Apenas si puedo reconocer el rostro de Elisa y el de mi padre. La cabeza me duele siempre a las diez.

La perorata se acaba aquí. Todo esto para decirte —porque quiero creer que me escuchas con oídos felinos— que hace ya un par de semanas tomé una decisión. Si pudieras hablar me dirías que soy un idiota. Y tal vez lo soy. O tal vez no, pero tendrías derecho a decírmelo.

Tus ojos me sirven para ver al día llegar e irse. También para ver a tu presunto gato desperezarse junto a la ventana de la habitación. Para lo demás, se cierran tras los mismos lentes oscuros y todo funciona como siempre. Los que vienen de visita, procesión sin fin, bajan la voz cuando mi madre, también susurrando, habla del retroceso, de que la cirugía terminó en fracaso. Ya no me llaman a la sala. Los médicos no entienden qué pasa si todo parece normal. Pero si es blanco digo gris y si es rojo digo gris. Y a una cabeza la llamo sombra y llamo sombra al árbol. Una sombra gris. Soy un triste misterio para la ciencia. Les he dicho que no se preocupen, que poco a poco me iré resignando, que apostamos y perdimos.

Y en eso no les miento. ■

Janeth Posada (Colombia)

Ha publicado *El rastro de los días* (poemas, 2008), *Cuando una mujer está triste* (cuentos, 2010) y *La salida está cerrada* (cuentos, 2014). Ambos libros de cuentos fueron beca de creación de la Alcaldía de Medellín. Cuentos suyos han aparecido en *Revista Universidad de Antioquia*; *Odradek, el cuento*; *El pozo y el péndulo. Cuentos colombianos* y *Cuentos brevísimos* de la Colección Palabras Rodantes.